

La revolución estética

Jorge Arturo Díaz Reyes M.D.*

*Director–Editor

En una revolución, como en una novela, lo más difícil de inventar es el final
(Alexis de Tocqueville)

La estética, para bien o para mal, es la proa de la cirugía plástica en su viaje por el tiempo. Medio siglo atrás era la popa. Una revolución. ¿Qué ha causado este cambio estructural, esta entronización, esta relevancia en la especialidad, no para todos feliz?

Queremos creer que la voluntad, el talento y el empeño de quienes han hecho de ella su afán prioritario, perfeccionándola, enriqueciéndola y ejerciéndola con idoneidad. Queremos creerlo. Es más, lo creemos, lo citamos y lo recitamos; en el estrado, en el quirófano, en la bibliografía, quizá porque la gratitud es mucha y obligada. Pero somos injustos, eso no es verdad. Pese al deseo y la reiteración esa no es la respuesta. Ellos no han tenido ni tanta culpa ni tanto mérito en tal inversión jerárquica. Ni se la propusieron ni la causaron.

Puede sonar cursi decirlo, pero esto ha sido cosa del destino. Sí, la revolución esteticista ha sido resultado de aquella conjunción general de circunstancias no calculadas, de aquel poder inefable que rige las

personas, la sociedad, el universo. Ese, al que aquí llamamos destino (y otros designio) es el que ha puesto la estética en la cima de la cirugía plástica, presidiéndola y haciéndosela imprescindible. Al punto, de aferrarla y defenderla como si ya no pudiese navegar o siquiera sobreaguar sin ella.

Hasta el nombre se ha cambiado, ya no se llama Cirugía Plástica, sino Cirugía Plástica Estética y Reconstructiva, como si todo no estuviese implícito por definición en el primer concepto. Ahora se hace necesaria la proclama repetida, tácita y explícita, de la palabra clave. ¿Por qué? Porque es la más demandada, rentable y reñida. El destino, que juega con la historia, echó sus cartas y forzó la partida por los cambios demográficos, ecológicos, económicos, tecnológicos, culturales, éticos y estéticos que han hecho del mundo, su gente y su cultura, lo que son hoy en día; grandes consumidores, de cirugía cosmética entre otras cosas.

Un mundo superpoblado, urbanizado, informatizado, globalizado, consumista, polucionado, competido, pragmático y *Kitsch*, en el que la imagen prima sobre el contenido, y en el que la personal más que un asunto de felicidad se ha vuelto de sobrevivencia. Antes que ser hay que parecer, al costo y riesgo que sea, so pena de quedar fuera de circulación.

Claro, el perfeccionamiento de técnicas como la rinoplastia de Joseph, la ritidoplastia de Gordon y Baker, la mamoplastia de Arie, la abdominoplastia de González, los implantes de Cronin, el

gluteoaumento de Robles, la lipoescultura de Illouz, y otras muchas hicieron el embellecimiento quirúrgico más convincente, seguro y asequible, ampliaron el frente de la plástica, la enriquecieron. Fueron soluciones a necesidades propias de la época, respuestas a una demanda masiva contenida hasta entonces. Resultaron de ella, y sus éxitos la retroalimentaron y hasta la justificaron.

Les debemos reconocimiento a sus autores, pero en él no podemos cargar la responsabilidad por la forma como luego sus propuestas han sido manejadas, publicitadas, mercadeadas y rentabilizadas.

Tampoco, por las insospechadas vocaciones que despertaron, las aspiraciones multitudinarias en el posgrado, los cambios en el ejercicio profesional, los replanteamientos en la educación, las transformaciones en el perfil del cirujano y su relación con la comunidad, la ruda competencia comercial, los reajustes éticos, el reordenamiento de la especialidad y los cambios en su propia imagen.

Hoy en día para el común de la gente, cirugía plástica no sólo es sinónimo de cirugía estética sino que sólo es cirugía estética, o mejor dicho la idea que se tiene de ella. Esta identifica el conjunto pero también lo suplanta. Es como si su fulgor mediático tapara todo lo demás. Las maravillas en la reparación de malformaciones congénitas, trauma, quemaduras, y mutilaciones terapéuticas. Las modelaciones cráneo-maxilo-faciales, los increíbles avances en cirugía de la mano, los milagros de la microcirugía, y hasta la importancia esencial de la investigación básica se diluyen ante tanta luz. Como las estrellas por el sol, todos estos méritos de la cirugía reconstructiva (tronco de la

plástica) quedan borrados a los ojos del público deslumbrado por el destello de su hija menor; los altos grados de dificultad, la maestría, la ubicuidad anatómica, la utilidad social, y hasta su rango primordial de ciencia madre palidecen.

Así nos ven. Quizá porque así hemos elegido que nos vean. Somos parte integral de la sociedad y su cultura, estamos involucrados en su devenir, compartimos sus valores, visiones y anhelos. Estamos a su servicio y nuestro ensamble con esta era consumidora se ha hecho a su modo. Así nos ven, pues hemos adoptado y legitimado el discurso promocional, por más productivo y fácil, e incluso, a veces pretendemos teñir de tal el discurso científico.

En nuestra *performances* públicas, el pensamiento comercial campea sobre el razonamiento médico, el *slogan* sobre la lógica, y el *show* sobre la demostración. Operamos en los medios tanto como en el quirófano, y a veces simultáneamente. Somos tema de farándula, *realitys* y telenovelas. No podemos quejarnos.

El desborde publicitario, el asalto subliminal, el abuso semiótico, están desfigurando y desvirtuando la revolución en la plástica. Por supuesto, estas formas de vulgarización, frecuentemente antiestéticas, no son culpa de la estética, ni de sus forjadores. Cuidado. Los instrumentos no tienen ética, este significado lo agrega quien los emplea, un bisturí, una cánula, una jeringa pueden ser igualmente salvadores o letales, dependiendo de las manos que los esgriman. La selección y el entrenamiento de dichas manos es responsabilidad de la escuela y su

comportamiento una vez abandonada esta, es regulado por las organizaciones médicas y el estado.

¿Autorregulación? También, es el ideal, aún muchos la practican pese a la desventaja económica que les conlleva, y hay que seguir abogando por ella, enseñarla, ejemplificarla. Pero no sola. En una situación tan revuelta, cuando bajo el mascarón de la libre competencia se cobijan los más grotescos excesos propagandísticos de intrusistas e idóneos que se confunden frente al consumidor inerme, confiar todo a lo que cada quien prefiera, sin control social, no pasaría de ser una invitación a la danza. Ya lo hemos visto.

El errático destino lo ha puesto así, ha conjugado las circunstancias generales para que nuestra particular revolución estética no sólo fuera posible sino inevitable. ¿Podrá ser encausada? ¿Cómo? Es lo más difícil de inventar. Desandando por supuesto no, el mundo ya no es el mismo, tampoco nuestra práctica profesional es la que era, jamás volverá a serlo. Cabe la nostalgia, pero el retorno al pasado es imposible y pretenderlo absurdo.

Hay que seguir, avanzar en el tiempo. Quizá como descubrió Darwin, adaptándose al medio para imponerse a él, salvar la vida y garantizar la continuidad biológica. Las constantes vitales de la medicina y la cirugía son su rigor, justicia y respetabilidad. Es lo que hay que salvar, feriar las nuestras en una generación puede ser el camino de la extinción, el suicidio de la especie, o al menos de la manada; en palabras de Tocqueville, un mal final.

Datos de contacto del autor: jadir45@gmail.com Avda 3N #23Cn-48 Cali -
Colombia